



EL MUNDO SEGÚN MAYARES

escribe GUSTAVO H. MAYARES

A Gian Franco Pagliaro

Hacia una sociedad boluda

La mayoría de los argentinos tiene una extraña fascinación por la muerte y, en particular, por los muertos. Como todo el mundo sabe, celebramos las fechas en que nuestros héroes (**San Martín, Belgrano**, etc.) han fallecido y no cuando han nacido, como sería lo redondamente normal. Organizamos alucinantes cortejos fúnebres cuando un benemérito ha perdido su natural andar vertical e increíbles fastos para recordar el «paso a la eternidad» de nuestras personalidades históricas fundamentales. Las espantosas marchas de antorchas, propias del medioevo oscurantista, ejemplifican al respecto.

Relacionada tal vez con los prejuicios cristianos que nos han inculcado desde pequeños¹, esta macabra fascinación, aunque aparentemente menor, suele tener consecuencias concretas en nuestro accionar diario y especialmente sobre nuestro intelecto, a saber: existe una tendencia casi natural a elogiar la vida pasada de los cadáveres insepultos, especialmente mientras están tibios y, por ende, no hieden, lo que repulsa a olfatos sensibles. El reciente fallecimiento de **Fernando Peña** es un caso palmario.

Aunque la mayoría de los seres humanos ignora qué ha hecho para alcanzar su gran relevancia mediática o ser velado en la legislatura porteña², no hubo (ni habrá en los días próximas) quien no se deshaga en elogios para con este boludo que bien muerto está. Si alguien se atreviera a emitir públicamente semejante sentencia exhibiría, a ojos y oídos de la boludez reinante, ciertos rasgos de inteligencia y/o independencia de miras que resultaría escandalosa o al menos inadecuada para el *establishment*. Así, uno podría perder hasta el trabajo, y a quién se le ocurre sacrificar el salario por decir o hacer lo que realmente piensa...

Fijate que hasta quienes hasta anteayer le pegaban pa' que tenga por su evidente racismo, por su clasismo reaccionario más bien³, no se privaron de hacer el correspondiente minuto de silencio y lanzar al éter (léanse radios y canales de TV, pero también en diarios y revistas de circulación masiva) loas para quien consideraron «un talentoso», «un tipo especial», «un artista irreplicable», un qué sé yo... Por cierto: los boludos tienden a elogiarse entre sí en todo tiempo y lugar. De hecho, como se verá más adelante, constituyen una especie de confradía o logia con fines inconfesables.

Si hasta en radio Nacional⁴, donde a



Peña le han dicho de todo menos lindo, le hicieron un separador para darle «gracias» y sus conductores, tipos y minas provenientes de lo más rancio del progresismo⁵, que horas antes lo fustigaban por su peleíta de entrecasa con Delía, entre otros asuntos más o menos pueriles, tan luego se arrancan las vestiduras para ser los primeros en destacar las virtudes del «artista» muerto, que la humanidad no podrá olvidar debido a su incommensurable aporte a las artes y a la cultura universales...

A nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido decir, por ejemplo: «Acaba de morir un boludo», aunque lo pensara y lo creyera sinceramente; dado que, en la Argentina, criticar a los muertos es políticamente incorrecto; o, como se ha dicho, los muertos fascinan, para ser preciso. Cualquiera critica el cuerpo sin vida de un evidente hijoputa

(hasta ahí, ¿no?, porque suelen encontrarse «ciertos rasgos» de bondad pretérita), pero nadie que se precie de tener sentimientos podría criticar a un boludo muerto so pena del escarnio público, de la opinión pública.

Sucede que si la hijoputez repele instintivamente (ante un hijoputa uno se pone naturalmente en guardia) y en cierta medida es rechazada por los bienpensantes como moral o medio de vida, la boludez suele ser subestimada, incluso vista con simpatía por los mismos círculos. El vulgo y la aristocracia intelectual de nuestra época tiende a congratularse y hasta solidarizarse con ella, la boludez, como si fuera una enfermedad —que lo es, como se verá— de la que debieras compadecerte. «Pobre —solés pensar ante el primer boludo que se te cruza en el camino—, es un boludo...»

Sin embargo, debe saberse que los boludos (no todos sino en general) están tramando una conspiración a escala universal cuyo objetivo es —como en toda conspiración que se precie— dominar el mundo⁶. Al percatarse de que ocupan posiciones de segunda línea en la mayoría de los gobiernos y de las empresas, de primera en los círculos culturales, académicos y especialmente periodísticos, se preguntan: ¿por qué no? Si llegamos hasta acá por nuestros propios medios —se dicen—, ¿por qué no dar un paso más y alcanzar la cúspide, donde seremos nosotros mismos los dueños de nuestro propio destino y el de la humanidad...? ¿Craso error!

Si el hijoputa sabe que los poderosos mandamases los seleccionan para cumplir ciertas funciones administrativas, judiciales, policiales, escolásticas, religiosas y culturales y que pueden aprovecharse de ello en beneficio mutuo, el boludo supone que su selección para ocupar determinados roles de relevancia se debe a la calidad intrínseca de su personalidad, inteligencia, belleza, capacidad, etc. Es decir: el hijoputa es conciente de su hijoputez, mientras que el boludo es un inconciente nato; ignora o parece ignorar su fatal y aristotélico destino de herramienta parlante. En gran medida, el primero depende de su talento y el segun-

do de la suerte, del avatar aleatorio cuya lógica debe buscarse en los pliegues menos evidentes de esta etapa del capitalismo.

El principal problema que debemos enfrentar en el presente con la vista puesta en un futuro casi inmediato, resulta de que la boludez es terriblemente contagiosa. En lo personal, es una cuestión que me preocupa soberanamente, por lo cual suelo aconsejar a mis hijos: no se junten con boludos porque contagian —les digo—. Como la gripe A N1H1, basta hablar con ellos, estarles cerca, tener algún tipo de contacto (como darles la mano o tomar mate), para que se cuele por tus orificios el incurable virus de la boludez. Se te pega por ósmosis, o como la peste, y a esta altura de los acontecimientos la OMS debiera considerarla una pandemia de alcances catastróficos.

En este punto se explica que, como se ha dicho, los boludos sean seleccionados para conducir, por ejemplo, todos o casi todos los programas de radio y televisión, a la sazón los medios más poderosos de comunicación e influencia de masas. La benemérita opinión pública y el sentido común son formados por esos medios y, consecuentemente, por una caterva de boludos con suerte que cotidianamente nos ordenan qué debemos comprar, qué pensar, qué sentir (inseguridad y miedo⁸, por ejemplo, o empatía con personajes absolutamente insulsos y hasta despreciables). Casi sin darnos cuenta, van moldeando nuestra personalidad y nuestro cerebro como si fuera masa virgen y endeble entre sus boludas manos.

Para terminar, diremos que los cambios culturales, como los producidos en el lenguaje, anticipan también los efectos devastadores de lo antedicho. Si durante la gran revolución francesa las personas se llamaban entre sí «ciudadano», durante la rusa «camarada» y en el periodo justicialista «compañero», hoy los pibes y pibas⁹, los jóvenes y muchos adultos no dudan en calificarse mutuamente como «boludo» o «boluda» cada tres palabras que pronuncian.

Así las cosas, vamos hacia una sociedad de boludos, y eso me aterra •

¹ Dejo a especialistas en sociología, psicología y politología y/o individuos más inteligentes y sabios que yo la posibilidad y/o necesidad de averiguar dichas razones, dado que no vienen a cuento en el presente artículo.

² Realicé algunas consultas y me dicen que era «bueno» en el teatro y en la radio, aunque no se tengan muchas más noticias al respecto. No obstante, debe tenerse presente que muchísima gente asegura que González Oro es «bueno» en la radio y que Adrián Suar lo es en el teatro...

³ Muchos dicen ahora que era un «personaje» pero yo, como la mayoría de los argentinos, lo conocimos por ese «personaje» que él mismo creó. Uno mismo, en fin, es el personaje que ha creado y con el cual se mueve por la vida, y es por él que debe ser juzgado.

⁴ Sinceramente, escucho radio Nacional para evitar los muertos, «caos en la ciudad», crímenes, violaciones, choques y más muertos que, como ha señalado Capusotto, pueblan el ciento por ciento de las demás radios.

⁵ ¿Viste que ahí encontraron cobijo todos los *intelectuales* del Partido Comunista? Es lógico, dirás vos, si hasta el banquero Heller es candidato K...

⁶ El inefable Marcos Aguinis bien podría dedicarles otra novela con idéntico título al de su casi olvidada *La conspiración de los idiotas*.

⁷ Mauricio Macri es el caso típico de boludo con mucha suerte.

⁸ He escrito algo sobre el tópico. Véase http://elmundosegunmayares.com.ar/al_margen.html, bajo el título *Los/as inseguros/as me asustan*.

⁹ Qué fastidio me producen los tipos con ese discurso pseudofeminista, progresista y centroizquierdista, que incluye fastidiosas muletillas como «todos y todas», «ciudadanos y ciudadanas», «amigos y amigas», «solos y solas», etc.